

CONCURSO de RELATOS BREVES del COPB

2ª edición 2017: La Psicología y el humor

Modalidad: castellano

El primer ascensor de la mañana

Por Danpic

Lunes, seis de la mañana. El despertador grita repetidas veces que es hora de levantarse. Todavía con los ecos de un fin de semana agotador, mi cuerpo se resiste a desprenderse de la cama aplastado por un sueño que me sujeta a las sábanas. Con un esfuerzo épico, digno sólo de los mejores superhéroes, consigo incorporarme e iniciar el día. Todo un lunes por delante, toda una semana por delante. En la lejanía tan sólo puede intuirse un viernes desdibujado que ahora se me vuelve utópico.

Vivo solo, lo cual es un problema para ciertas cosas pero en momentos como este uno se siente afortunado de no tener que hablar con nadie; a estas horas no soy capaz de articular palabra inteligible alguna, apenas algún que otro mugido pseudohumano. La ducha no me despeja y el desayuno no me quita ese sabor pastoso de mi boca. Tampoco enciendo la radio, por muy bajo que esté el volumen no soporto el afilado ruido de las noticias reverberando en mi cerebro.

Me pongo el traje y salgo de casa. Presiono el botón del ascensor. Espero con los ojos cerrados mientras noto cómo mi cabeza oscila levemente buscando algún lugar en el que inclinarse. Oigo ruidos de cerradura a mi espalda que me ponen en alerta pero antes de poder huir, Mari Carmen, mi vecina, ya está a mi lado, lo cual es toda una declaración de intenciones y una amenaza expresa para tomar el ascensor conmigo.

Cercana a los setenta, de complexión rellena, de profesión sus labores, de afición el palique y viviendo sola desde que sus hijos abandonaran el nido materno. Viste una llamativa camisa roja de flores que me hace entrecerrar los ojos. En su mano sujeta la correa de su perro, Pirulí para más señas, al que saca a pasear con frecuencia. Lo que aún no sé es por qué lo hace tan temprano y por qué casi siempre coincide conmigo. La puerta del ascensor se abre a un lado y dejo pasar, por supuesto, pero la sonrisa no me sale tan temprano.

- Pues vaya mañana más fría que hace – comenta con voz de pito-. Me he puesto este abrigo que es de invierno invierno porque tengo otro más finito pero es más de entretiempos y para días como hoy no vale y como ayer las noticias dijeron que iban a bajar diez grados las temperaturas pues me he dicho, “Mari Carmen, vete abrigada”, aunque creo que el miércoles viene mejor. Y menos mal porque menuda temporadita llevamos. Fíjate que ayer domingo estuvimos en casa del hijo mayor porque era el cumpleaños de la niña y llevé algo para comer, nada, unas albóndigas que les había hecho. Las tenía congeladas ya desde hace meses porque yo lo hago siempre con tiempo y luego voy sacando cuando hace falta. Claro, no es como antes. Yo me acuerdo cuando era niña que éramos ocho en casa y no había ni congeladores, ni nevera ni nada, no sé cómo nos las arreglábamos. La verdad es que cuánto tuvieron que trabajar nuestros padres para sacarnos adelante y luego cuando el hermano mayor se metió a cura pues los demás tuvimos... ¡Uy, si ya estamos! Pues nada, hasta otro día, hijo. Y abrígate bien.

Mari Carmen y Pirulí salieron del ascensor y yo dejé que se cerraran las puertas conmigo dentro. Las preguntas se agolpaban en mi cabeza: ¿de qué ha estado hablando? ¿Por qué a mí? ¿Qué es lo que desayuna esta señora? Lo único que tenía claro es que mañana bajaría por las escaleras.

BREVE COMENTARIO

Este pequeño relato trata sobre la comunicación humana, o mejor dicho, sobre la incomunicación. La teoría dice que para comunicar se necesita un emisor, un receptor, un mensaje y un canal. Sin embargo, para que haya una conversación fluida es obvio que se necesita algo más, quizá sea una buena sintonía entre el emisor y receptor. En esta historia, los dos personajes se sitúan en planos muy diferentes lo que produce poca sintonía y en consecuencia escasa comunicación.

Una buena comunicación requiere que el emisor haga una ordenada exposición de las ideas pero sobre todo un discurso relevante. La mayoría de las conversaciones cotidianas, como la relatada en este ascensor, no son interesantes ni para nosotros ni para el que nos las cuenta pero aguantamos y prestamos más o menos atención porque “de algo hay que hablar”. Conversar sobre temas poco interesantes hace que nuestra vida sea mucho más aburrida.

Pero el esfuerzo que debe hacer el receptor no es menos importante: la disposición a escuchar y todo lo que ello conlleva es de sobra conocido para los psicólogos. Nuestra principal herramienta es la comunicación terapéutica que tiene su mínima expresión en la palabra. Pues ya que somos profesionales de la comunicación, no desgastemos ni demos un mal uso a la palabra y a todo lo que de ella se deriva.